

Epilante 11.3.92.

LA ABDICACION DE LA MORAL Y DE LA RELIGION

C En fecha reciente ha publicado el diario parisino Le Figaro un impresionante artículo del académico Alain Decaux en forma de carta a su hijo Juan Lorenzo, de diez años. Dirige esta carta desde Jerusalén, donde se encuentra, desde aquel punto de confluencia de las tres grandes religiones provenientes del tronco común de Abraham.

MBR:
CO:
gal: C
Comienza previniendo al niño sobre el mundo en que va a vivir, en el que ha entrado ya al ingresar en la escuela. Pronto se enterará de las razones que aducen sus maestros para declararse en huelga: después de haber predicado durante años a sus alumnos la rebelión, el odio y la envidia, ahora son éstos los que les golpean y queman sus coches. «La televisión nos cuenta cómo bandas de mozalbetes, a la salida de las escuelas, maltratan a los pequeños como tú y los aterrorizan hasta la desesperación, a alguno de ellos hasta el intento de suicidio». «Días atrás al bajar del autobús una de tus compañeras fue derribada en tierra por una banda vociferante de muchachos, cubierta de espuma de jabón, golpeada, mientras esos energúmenos le cortaban a golpe de tijeras mechones de sus trenzas, de las que estaba orgullosa. Ella lloró, suplicó, llamó: los adultos pasaban junto a la escena, nadie intervino». La incitación a la droga

y al libertinaje sexual está a la puerta de las escuelas.

Según una encuesta reciente —dice— todavía un 82% de los franceses se reconocen católicos de religión. Pero sólo un 15% de ese número son practicantes; y de éstos ¿cuántos llevarán a sus hijos a la catequesis? La ignorancia religiosa en la infancia y la juventud es difícilmente creíble. A una docena de estudiantes de 18 a 29 años se le propuso recientemente esta simple pregunta: ¿Qué es la Trinidad? Las respuestas fueron curiosas: «La Sagrada Familia: Jesús, San José y la Virgen»; «La igualdad, la libertad y la fraternidad»; «Dios, Jesús y los ángeles», etc. No se puede ser bachiller sin conocer historia de la literatura, pero se puede serlo ignorando todo en religión.

¿Qué está sucediendo? Simplemente, la sociedad cierra los ojos y se cruza los brazos. Occidente ha renunciado a transmitir a sus hijos la moral y la religión que ellos recibieron. Lo aceptan todo como «la evolución de los tiempos».

Durante tres años —dice Decaux— he recorrido el mundo, y he admirado, —sí, admirado— cómo los musulmanes se levantan al alba para orar, cómo interrumpen su trabajo, sea en los tajos o en las oficinas, para rezar, cómo

paran sus coches o se bajan de sus bicicletas para rezar. ¿Ha abjurado el Occidente de su fe precisamente en nuestra generación?

He hojeado —añade— los libros en que hoy se enseña la religión a los niños. El los encuentra gratos, bien escritos y con bellas ilustraciones (no ha percibido él mismo —académico— el cúmulo de herejías e imprecisiones que constituyen el catecismo oficial francés (Pierres Vivantes), pero sí echa en falta algo que tenían los antiguos catecismos de nuestra infancia: las nociones básicas y las definiciones que aprendíamos de memoria; que quizá en su tiempo no entendíamos demasiado, pero que a lo largo de la vida nos han servido —fijas e indestructibles— como puntos de referencia para nuestra fe y nuestro comportamiento. Saber de memoria los mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia, o las cinco cosas necesarias para una buena confesión, por ejemplo, es lo que las jóvenes generaciones han perdido y, con ello, la impresión de lo inmutable y de lo santo.

Cuando el ambiente común y el propio magisterio de los pastores fallan, es a los cristianos mismos a los que corresponde la labor de hacer sobrevivir su fe y su civilización.

RAFAEL GAMBRA